
Ganar qué, ganar qué: nuestra cuestión con el poder

Alessandra Bocchetti y Luisa Muraro

Alessandra – Desearía hablar contigo de una cuestión que hoy, más que nunca, parece necesario afrontar: el poder. Digo “hoy más que nunca” porque si asumimos el concepto de diferencia sexual como un “más” y no como un “menos”, determinamos una revolución propiamente dicha de sentido en una cultura que tendería en cambio a la homologación del sujeto mujer al sujeto masculino. Y teniendo la intención de hacer vivir, de hacer visible esta “nueva” diferencia en los lugares de nuestra vida, se nos plantea hoy el problema de la *conquista* de los espacios para todo ello. La palabra “conquista”, metáfora que me proporciona la guerra, denuncia ya mi pensamiento: no será una operación indolora, para conquistar un espacio debo sustraer ese espacio a alguien. En suma, si encuentro un nuevo sentido a mi ser mujer, me hallo en la necesidad de vivirlo, salvo la locura o la renuncia consciente; para vivirlo debo subvertir órdenes y lógicas, debo modificar la realidad no sólo de las conciencias sino también de los lugares y de las cosas. Esto me plantea inmediatamente problemas de estrategia, otra metáfora de la guerra: ¿qué hacer, cómo hacer?

El que afronta el tema del poder, en términos de “voluntad de poder”, arriesga una imagen de sí inmediatamente antipática, para no decir odiosa. “Desear poder” causa escándalo; dicho entre mujeres de las mujeres, causa aún mayor escándalo. Causa escándalo porque en la cabeza de todos la imagen del poder es asociada de inmediato y sin términos medios con el poder de vida y de muerte de pocos sobre muchos. La imagen del poder es espontáneamente monárquica y cruel. Causa más escándalo a los ojos de las mujeres tal vez porque las mujeres han sido objeto del poder más grande, el de la negación —no sólo “no puedes” sino “no puedes porque *no eres*”— y no desean asumir a su vez esta crueldad.

Pero también se debe decir que la posibilidad de pensar en nosotras mismas, es decir, la apertura entre nosotras de un nuevo régimen discursivo, se ha podido verificar también a través de una crítica a los sistemas de sometimiento de los sujetos del poder capitalista, que ha ocupado a gran parte de la cultura occidental de este siglo. Entonces, detrás del mayor escándalo de las mujeres se oculta no sólo una “naturaleza” vengativa, sobre la cual por otra parte no juraría, sino un impasse teórico propiamente dicho. En suma, ¿cómo se puede reivindicar el poder cuando se nace como conciencia en la hipótesis de la disolución del poder? En este interrogante desorientado juega tal vez el olvido de que no existe sólo el dominio de clase, de individuos sobre otros individuos, sino que existe también el dominio de un sexo sobre otro. Y es de este que hoy hablamos y reflexionamos.

Un dominio este que devela la naturaleza del poder en general: que para ser y mantenerse debe atravesar los cuerpos, producir discursos, no sólo oprimir e imponerse sino seducir, provocar placer, producir saber, asegurarse consensos. Un poder “red”, no pirámide.

Ahora, yo mujer, que me doy la tarea —no tengo otra elección sino el silencio o la obediencia— de afirmar la presencia de mi sexo en la palabra, en el saber, en el conocimiento, en los lugares de la vida cotidiana, en la cabeza de los hombres y de las mujeres, sé que es esta “red” lo que debo modificar. Esta red que está en contra de mí y que me hace la vida tan difícil. Sé que por esto deberé ocupar un “espacio” que ya está ocupado, deberé entonces sustraerlo, en suma, de alguna manera deberé imponerme.

Implícita en esta nueva posición hay una imagen capaz de hacer temblar la tierra bajo los pies de las mujeres: el *conflicto entre los sexos*. Toda vez que, no digo que se lo nombra, sino que sólo se hace alusión, sucede lo inimaginable, o tal vez lo demasiado imaginable. De inmediato se hace visible una fractura entre quien piensa que el conflicto es secuencial a la asunción de la diferencia, yo estoy entre estas, y quien en cambio piensa o desea que existan otras posibilidades. Y la situación se hace tan dramática que las primeras se ven obligadas a representar una intransigencia intencional que no les es propia, y las segundas, también ellas aseveradoras de la asunción de la diferencia, —que quede bien claro que se habla de mujeres con cierta igualdad teórica— se lanzan a notables equilibrismos, a juegos de prestidigitación fantasmagóricos

del tipo: la diferencia ahora está, ahora no está más, “¿donde esté, existirá?”, para llegar, porque sucede también esto, a preguntarse: “¿quiénes somos?”, etcétera.

Ahora, yo pienso que al afrontar el tema del poder, antes de hablar de las posibles estrategias halladas o aún por hallar, debemos aclararnos qué entendemos por “conflicto entre los sexos”, porque hasta hoy no existe ninguna mediación decente entre las dos posiciones, y sinceramente no creo que pueda existir —también porque si la primera posición tiene cierta claridad y consecuencialidad, la segunda es muy poco clara y sobre todo no halla palabras para explicarse— y este tema es muy a menudo silenciado entre las mujeres casi para vivir bien. Desde mi punto de vista, la pregunta es: ¿qué es lo que tanto asusta en el pensamiento del conflicto entre los sexos? Y decir que es tan antiguo como el mundo, que las mujeres han sido sobre todo objeto, pero también sujeto, tal vez de un modo perverso, sin palabras, sin leyes, sin justificaciones científicas y culturales, me parece que a menudo sin tener conciencia, de un modo pobre, pero igualmente verdadero. ¿Qué es lo que hace preferir a una mujer vivir este conflicto —aún debo encontrar a una mujer que no lo viva de alguna manera— antes que asumirlo? No veo ventaja en esto, ni siquiera para la tranquilidad cotidiana.

Luisa – Por favor, Alessandra, no nos expresemos de tal modo que alguien pueda decir que ahora las feministas se plantean la cuestión del poder. La sola cuestión que se plantea hoy es saber si existen elementos nuevos para salir de la tradicional reticencia femenina en cuanto a la cuestión del poder. Yo pienso, contigo, que sí, y por muchos indicios me he convencido de que otras piensan como nosotras. Se trata de aclarar el porqué y el cómo:

Habiendo observado por años, en mí y en otras, las manifestaciones de la reticencia femenina respecto del poder, yo veo dos formas, esquematizo pero puede servir: una forma práctica que denomino *extrañeza* y una forma verbal que llamo *denegación*.

La extrañeza es difícil de indagar, es el corazón mudo de nuestra experiencia social. Mejor comenzar con la denegación, que es su corazón locuaz. Esas mujeres que niegan la existencia de un conflicto de sexos son un ejemplo de denegación. La cosa en cuestión, cuando se trata de la relación de las mujeres con el poder, no es nunca la ignorancia de un deseo femenino de poder, sino siempre y solamente su indecibilidad.

FALTA TEXTO

Hay que interrogar la cuestión del poder, de nuestra relación subjetiva y objetiva con el poder.

Alessandra – Tú me pides que deje a un lado a las mujeres que niegan el conflicto de los sexos, y me resulta difícil. Como me resulta difícil dejar a un lado a la mujer que encuentra vulgar el deseo de ganar.

Debo interrogar esta resistencia mía: si es por bonhomía —horrendo sentimiento— o si es porque esa sordera de ellas a lo que me parece evidente y casi descontado, me da algo a entender, algo que me puede servir. Me inclino por la segunda hipótesis.

A menudo una mujer que piensa y actúa de manera diferente respecto de mí me da a entender algo de mí y para mí, si no me detengo en un juicio de distancia insalvable. Esto porque pienso que provenimos de todos modos de una historia común, que nos vincula más allá de las vicisitudes diferentes de nuestras vidas privadas.

La mujer a la que le resulta vulgar el deseo de ganar y que siempre se ha movido para hacer ganar a los oprimidos, de hecho no encuentra vulgar su deseo de hacer ganar a los oprimidos con sus luchas, halla vulgar el querer ganar por sí mismo, no admite (denegación) entre los móviles de sus acciones el deseo de afirmación, que en cambio existe en todas las acciones humanas. *Pero se debe tener presente que el deseo de afirmación de todo proyecto obliga siempre a una mujer, sujeto desvalorizado a los ojos del mundo, a una doble significación: afirmar ese proyecto y al mismo tiempo afirmar su sexo.* Esta obligación no existe para los hombres, en tanto el hombre es un sujeto ya afirmado; un hombre procede de un valor a priori, una mujer de un desvalor a priori.

La significación masculina *confirma* este valor (el hombre está obligado a *confirmar* este valor), la significación femenina está en la *afirmación* de un valor femenino que es a la vez la negación del desvalor (la mujer está obligada a *afirmar* un valor femenino). Ahora, negar el propio deseo de ganar significa negar sobre todo ese deseo de ganar *en más*, que para cada mujer es en cambio una necesidad. Mediante un declarado desinterés en el propio deseo de ganar, nos alucinamos sujeto libre y par al sujeto masculino. De esa manera se cree desmentir el desvalor que nos atribuye esta cultura, en realidad se está negando el propio sexo, porque se olvidan sus necesidades particulares.

El pensamiento secreto que informa un comportamiento por el estilo es que la pertenencia al sexo femenino inferioriza. Así se desea demostrar una grandeza, una superioridad, que en realidad no nos es posible sino como una representación. Pero hay de lo otro.

Si excluyo que una mujer no admita su deseo de ganar por un habito de buena educación o por modestia o por falsedad propiamente dicha, puedo convenir que no lo sabe reconocer en lo que hace. Para explicar esto debo recurrir a la historia de nuestro sexo. Y desde este punto de vista me doy cuenta de que *pedir para los otros* ha sido durante tanto tiempo el modo en que las mujeres hicieron aceptar su presencia en el mundo, en la sociedad, en la familia, como si sólo la generosidad y el olvido de sí mismas fueran el estatuto necesario para su existencia. A la mujer se le ha pedido no que sea sujeto, no que sea objeto inanimado, sino que sea *para los otros*, en función de las necesidades y deseo de ellos. Y las mujeres, en su separación entre sí, han aceptado ese mandamiento, ahora disfrazado de razones biológicas, ahora de razones morales, a menudo un nudo inextricable entre las dos instancias, al punto de convertirlo en un pensamiento de ellas. Más se era para los otros más se recibía de los otros la sensación de existir, de ser. No había otra elección sino la marginación, la locura o la soledad absoluta o quitarse del mundo. Entonces es en este *ser para los otros*, a menudo excesivo, a nuestros ojos casi escandaloso, que la mayoría de las mujeres ha ocultado un *pedido de reconocimiento de existencia*, digo pedido, no afirmación. De lo contrario no nos explicaríamos tanta obediencia por parte de las mujeres, pero sobre todo no nos explicaríamos tanta generosidad presente en un sujeto que ha recibido tan poco, salvo pecar de ideología y sostener que las mujeres son más buenas y más generosas que los hombres, cosa que excluyo. Excluyo porque mi experiencia me dice que no es cierto y luego porque la imagen de las mujeres más buenas que los hombres no me sirve de nada, no me proporciona ninguna practicabilidad política, ninguna perspectiva de cambio.

Entonces, detrás de ese ser para los otros de las mujeres, estaba la búsqueda de una ventaja, miserable si quieres, muy a menudo inconsciente pero estaba.

Pero estaba también lo otro, y esto se lee mejor en los excesos. La predisposición, que denota la perfidia de las mujeres hacia los indefensos, hacia los oprimidos, los infelices, los pobres, los enfermos, los feos, los huérfanos, en suma, ese sentimiento que ha pasado a la historia como

sentimiento femenino por excelencia: la compasión, que ha hecho de las mujeres excepcionales consoladoras, insustituibles enfermeras, extraordinarias organizadoras revolucionarias llenas de pasión, también esto esconde algo. Esconde un perverso hablar de sí, de la propia condición infeliz, extraño lenguaje sin palabras y con sustitución del sujeto. Las mujeres, al curar a los otros, consolando, defendiendo, se han curado, consolado, defendido también a sí mismas sin saberlo y así han hablado de sí en el único modo que les estaba consentido y que les era posible.

Trágica ironía que una protesta se transforme en una obediencia excesiva —también la transgresión está en la economía de la obediencia— pero esto sucede cuando se está en la condición de pedir a otros la confirmación de la propia existencia sin la posibilidad de poder afirmarla. Pienso esto porque me resulta difícil creer que, poseyendo facultad de palabra y de razón, se pueda sobrevivir en ausencia de una idea de sí por sí. Sin una idea de sí se muere, como se muere con una idea de sí — otros. Entonces, dado que las mujeres han sobrevivido como género, yo me debo preguntar dónde es que han hecho *ejercicio de sí por sí*, debo lograr encontrar los disfraces de sus palabras, los lugares donde han podido expresarse, que serán casi siempre lugares permitidos a ellas: maternidad, compasión, seducción, etcétera. Debo leer el egoísmo oculto en el altruismo, el pedir en el dar, la palabra en el silencio.

Pero ahora volvamos a las mujeres que no admiten querer ganar aun por sí y admiten sólo querer ganar para los otros; las mujeres que no saben reconocer y decir su deseo, pero yo diría su *necesidad* de hacerse valer. Se sorprenderán mucho estas mujeres al verse definidas como obedientes, pero pienso que es así. No obstante su cultura, su emancipación, su deseo de ser mujeres diferentes de la tradicional imagen de mujer, muy a menudo se hallan en la faz pasiva de la extrañeza, la que acabo de describir.

Porque la extrañeza tiene dos caras. La pasiva, donde tú mujer sufres la *extrañeza* decretada por el mundo respecto de ti, y te ves obligada a estrategias de supervivencia, a continuas metáforas de tu verdad que pueden dar lugar también a grandes vidas, entendámonos, pero donde la afirmación del sexo al que perteneces, que es uno de los móviles aun inconscientes de su accionar, no se produce. Aquí coloco también a aquellas mujeres que tal vez luchan por las mujeres pero con

“proyectos débiles”. Defino como débiles esos proyectos, incluso válidos y necesarios, pero que persiguen simplemente una mejoría y no una significación de la diferencia.

La faz activa de la *extrañeza*, donde tú mujer te descubres y declaras extraña a lo que te desea extraña, y deseas afirmar esa *extrañeza* (tú individuo), pero entiendes que para hacer esto es necesario que tu *extrañeza* se afirme (las mujeres como género del que formas parte). De aquí surge la necesidad de cambiar tu posición (no social, no es por cierto obligatorio, sino en el “tablero”) y, en consecuencia, cambiar imágenes, reglas y lógicas de vida. Aquí empiezas a buscar estrategias de vida. Dejas de pedir y de protestar por tu condición de mujer y tratas de *determinar* modificaciones significativas.

Es sólo aquí que puede caer la tradicional reticencia femenina sobre la cuestión del poder, porque se comprende que para determinar modificaciones significativas las mujeres deben hacerse visibles entre sí de modo significativo. En suma, se abre un proceso de *afirmación de un sujeto colectivo*. La reticencia sobre el poder cae también porque se comienza a comprender cuán necesario e importante es que el logro de una mujer por sí sea reconocido por ella, admitido por ella, porque sólo así puede convertirse en un logro para todas.

Una mujer que no logra admitir la búsqueda de un logro para sí en lo que hace es una mujer potencialmente débil, aunque tenga energía para vender; se produce en una continua actividad demostrativa, espera de otros lo que ella misma se niega. La debilidad de su posición es evidente: para ella toda batalla perdida, todo objetivo no alcanzado, todo fuerte contraste al que hace frente corre el riesgo de representar no sólo una derrota sino la humillación profunda de un rechazo sufrido. Y cada vez que sucede esto se siente tentada de invalidar toda su vida. Por todo esto las mujeres renuncian fácilmente a sus empresas, de cualquier tipo que sean, y con frecuencia no hallan la fuerza para intentar otra vez, o moderan sus deseos.

Me pides que deje a un lado a las mujeres así, pero mira, las sé describir demasiado bien para no darme cuenta que es con gran esfuerzo que no soy como ellas, cuando no soy como ellas. Porque es innegable que las dos caras de la *extrañeza* están aún presentes en mi vida, por momentos distinguidas y por momentos peligrosamente entrelazadas y confundidas. Sé que es en la *extrañeza* activa que sólo podré permitirme una verdad de mí de lo contrario imposible, y que en la pasiva sólo podré

producirme una existencia mediocre, mediocre no porque esté obligatoriamente desprovista de éxitos, de honores o de reconocimientos, sino porque carecerá de esa verdad sobre lo que de verdad deseo de mí y de los otros y del por qué lo deseo.

Pero siento que debo atestiguar también sobre mi fatiga por la *extrañeza* activa, no sólo las ventajas: la fatiga de no olvidarme nunca que soy una mujer, de transformar la fantasía en voluntad, de someterme a pruebas sin tener la sensación cada vez de estar arriesgando la vida y tantas otras cosas cotidianas. . . , fatiga que me acerca a esas mujeres a las que a menudo siento tan lejanas. Con el reconocimiento de esta fatiga, espero dar lugar a un doble movimiento de mí a ellas, de ellas a mí. Porque sé que no basta mostrar la seguridad de un logro si tienes la necesidad de las otras, debes mostrar también cercanía, naturalmente cuando existe. El nuestro puede ser sólo un proyecto colectivo, y tú lo sabes bien porque de lo contrario no estaríamos escribiendo acá. Perdona toda esta parrafada. Tampoco esto te parecerá un buen inicio. Comienza tú a hablar de la práctica de la diferencia, también yo creo que se trata de la cuestión central.

Luisa – ¡Nada de bonhomía! Tú haces tuyos los criterios de la bondad divina y no descansas hasta que logras llevar al redil a la oveja perdida. Te he pedido que dejaras de lado a las mujeres visiblemente reticentes sobre la cuestión del poder, las que niegan aun la evidencia, porque hacen censura. Hacen censura, en primer lugar, porque refuerzan la no decibilidad de un deseo femenino fuera de la esfera familiar. La refuerzan en la práctica negando su inclinación por el poder sin atender el hecho de que esta es evidente.

Además, ellas favorecen la confusión entre la *extrañeza* y la reticencia verbal, que son dos cosas en sí mismas bien diferentes pero fáciles de confundir en una sociedad donde se pretende que la diferencia femenina no es más que el efecto de una veladura (como ha enseñado Lacan y repiten las lacanianas). Piensa, por ejemplo, en una frase como "yo no amo el poder", dicha por una mujer. La confusión entre lo que dice una mujer por falsedad y lo que dice para significar su verdad, tal confusión es como un velo que se extiende sobre el deseo femenino y su "indecencia". Te estoy citando. Tengo una gran aversión por toda forma de censura practicada, por parte de hombres o de mujeres, sobre el deseo femenino.

Encuentro que mis semejantes no están lo bastante atentas al mecanismo de las censuras, mientras que a menudo me parecen hipersensibles a los obstáculos que se interponen a sus deseos. En mi opinión, algunas se confunden sobre este punto y toman los obstáculos por censuras! De aquí todo ese maternalismo que desborda en las relaciones entre las mujeres, pobre sustituto de una fuerte maternidad simbólica.

Con toda franqueza, me resulta ambigua tu exigencia de estar cerca de todas, de no dejar de lado a ninguna. Cuando me dices que no puedes dejar de lado a la mujer que niega la existencia de un conflicto entre los sexos o a la que declara vulgar mi deseo de ganar, tengo la sospecha de que sufres una censura. Tú, como yo, eres una persona que goza de cierto poder a los ojos de algunas mujeres. No un gran poder, no muchas mujeres, pero lo suficiente como para que no podamos esconderlo detrás de un dedo. ¿Estás de acuerdo?

Por otra parte, me doy cuenta de que la cuestión de nuestra relación con el poder no se resuelve simplemente quitando las censuras. Una vez que las censuras hayan sido eliminadas, como está sucediendo en los países de la emancipación, se dirá que una mujer puede legítimamente desear tener, mostrar un poder aun respecto de individuos a los que no conoce ni ama, así como hasta ahora sólo podía el hombre. Pero nada más, y eso no basta. Es preciso que una mujer pueda significar su *no amor* del poder, porque sólo así su relación con el poder estará determinada por ella misma y no más modelada según el masculino. Eliminando las censuras, una mujer podrá afirmar su inclinación por el poder, cuyo por qué y cuyo cómo están determinados por ella misma.

Me viene a la mente la historia de Maria Gaetana Agnesi, una matemática de fama europea, que vivió en Milán en el siglo XVIII, que en cierto punto deja su carrera para dedicarse a la asistencia de las mujeres pobres y enfermas. ¿Por qué? ¿Cuál fue el motivo secreto de esta mujer que en su vocación científica había encontrado muchos más alicientes que obstáculos? Tal vez, me digo, ese fue el modo que encontró — un modo extremo, ¿pero tenía otros?— para significar su no amor por el poder y dar un verdadero fundamento a lo que será su poder social en la ciudad de Milán. En este sentido, tu actitud debo interrogarla mejor. En efecto, en tu preocupación por ser aceptada y aceptante, correspondiente y correspondida se podría leer no el efecto de una censura sino la tentativa de hacer hablar al no amor femenino por el poder. Que el no amor femenino por el poder sea libremente hablante es tan necesario

como un amor femenino por el poder libremente hablante. De lo contrario sucede que una mujer entre en rivalidad con hombres o mujeres de una manera devastadora.

En el pasado yo he sido una involuntaria devastadora de poder social femenino, mío y de otras. Cada tanto me sucedía que daba vida a conflictos en los que no tenía ninguna medida, como si aparte del argumento de la discusión, yo no tuviera nada que perder, como si no hubiera una reserva a custodiar. Pero debería distinguir los conflictos con mujeres y con hombres, respectivamente, porque se trata de situaciones estructuralmente diferentes. Si me encontraba contra una adversaria (por ejemplo, la madre superiora del pensionado de mis estudiantes), la desesperación que agudizaba el conflicto nacía de mi incapacidad para significar el amor que tenía por ella (el poder es sexuado y es entonces un lugar social posible de homosexualidad). En el conflicto con un hombre (por ejemplo, el director de un curso de actualización de Villa Frascati, cerca de Roma), el extremismo nacía del hecho de que no lograba significar la distancia que sentía respecto de él, por lo cual el sentido de *extrañeza* se me convertía en odio hacia el adversario.

En esas situaciones consumía lo que no debía consumirse: contra el adversario, toda mi energía, aun aquella que habría podido guardarme para fines más importantes que demoler a un estúpido director; contra la adversaria, consumía su fuerza social en tanto fuerza femenina, ya no reconocible como tal en el momento de un conflicto extremo entre mujer y mujer. Ahora sé, pero oscuramente lo sabía también entonces, que aquella devastación estaba causada por el hecho de que yo no respetaba el intervalo de la diferencia sexual. O mejor, no lo respetaba de la manera justa.

La hemorragia de poder femenino provocada de esa manera por mí cesó cuando, con la política de las mujeres, empecé a trabajar sobre la *extrañeza* femenina. Se trataba de significarla y con la práctica política de las mujeres se ha hecho significable, de modo que se ha creado un intervalo entre yo y yo, en mi relación con el poder, que me salvaguarda de impulsos destructivos. Por esto pienso que el fundamento legítimo del poder de una mujer está en su capacidad de hacer hablante la *extrañeza* femenina. Lo digo así, intuitivamente, sin desear perjudicar profundizaciones futuras que podrán surgir de nosotras o de otras.

Alessandra – En parte debe ser verdadero tu discurso sobre mi sufrimiento de una censura, a propósito de las mujeres que no deseo dejar de un lado. ¿Sabes por qué te lo digo? Porque desde que comenzamos este diálogo siento cierto embarazo al oírte formular, por ejemplo, las frases: “. . . he sido una involuntaria devastadora del poder social femenino. . .” “la hemorragia de poder femenino provocada por mí. . .”, etcétera.

Aunque entiendo perfectamente el sentido, pienso que pueden ser malentendidas. Porque a menudo se lee sólo lo que se quiere leer, cuando no hay una verdadera voluntad de comprensión, cuando se actúa en polémica, entonces directamente aparece otro texto que el que se está leyendo. Y entonces, por temor de esto, me da la tentación de arrojar las manos hacia adelante y hacer casi una declaración, incluso espiritosa para que parezca lo más ligera posible, del tipo: “Mujeres, no están leyendo una fantástica correspondencia entre Catalina de Rusia (que en mi mente serías tú) e Isabel de Inglaterra, sino un diálogo entre dos mujeres que creen con pasión en lo que dicen, que hallan insoportable la miseria del sexo al que pertenecen y que dedican sus mejores energías a salir de esta miseria. Por poder me refiero a aquello que posee el más desgraciado de los hombres y que ninguna mujer posee aún, ni siquiera, entendámonos, la Thatcher. *Deseo de poder*, para ellas, es *deseo de existencia social* de las mujeres, de las mujeres como género. Las dos se ocupan de la legitimación de este deseo. No imaginen la toma del palacio de invierno, etcétera, etcétera”.

Ahora, si analizo bien esta tentación mía descubro que nace por cierto de una legítima preocupación de hacernos entender, pero la elección de un tono “espiritoso”, revela mi preocupación de ser censurada. Deseo hacer ligero el discurso sobre el poder, cuando sé perfectamente que no es ligero. Deseo provocar una sonrisa, para atraer al público. Ahora, en este caso el efecto de esta censura sería muy débil, comportaría sólo la elección de tratar de ser espiritosa. ¿Pero otras veces? Agregó sólo una cosa, que la censura hecha por los hombres sobre mi deseo de existencia social es algo que doy por descontado, existe y en la medida en que tengo conciencia de ella, deberé encararla de algún modo. Pero la censura hecha por las mujeres sobre mi deseo de existencia social es algo terrible para mí, que me asusta y me hace sufrir enormemente, porque en mi opinión no tiene apelación, no puede ser postergada. Con esto quiero decir que nos encontramos en una fase delicada, diría difícil: quien reconoce en las mujeres la máxima autoridad, de las

cuales tomar fuerza y medida, y se halla frente a una actitud de rechazo, de burla y de censura por parte de otras mujeres, pierde fuerza y se pierde.

Mi tenacidad de "buen pastor", como tú la defines, nace de esta certeza: tengo necesidad de las otras mujeres. Por principio, no puedo dejar de lado a ninguna, y en esto actúo con perfecto egoísmo. Todo lo que en estos años he estado escribiendo y diciendo ha pasado por el tamiz de mi vida, incluso a menudo hasta rozar el ridículo. Pienso que el crédito que me he ganado entre las mujeres se debe justamente a esta materialidad de pensamiento y al hecho de haberme hecho reconocible. No "adapto" nada, por cierto deseo ser convincente. Mi ambición personal está ligada a todo eso en modo casi inextricable. No diría que soy un ejemplo de "no amor femenino al poder", al menos en este caso. La cercanía que demuestro a aquellas mujeres que no piensan como yo no es una astuta estratagema para granjearme el consenso, no es efecto de censura. Creo y siento de verdad esta cercanía, porque pienso que todas nosotras en mayor o en menor medida, tenemos experiencias absolutamente en común que conciernen a lo perteneciente a un sexo desvalorizado y carente de inscripción simbólica. El material es absolutamente el mismo, es la interpretación que se le da lo que nos aleja. Espero que mi interpretación resulte convincente, nombrando lo que creo firmemente que tenemos en común.

Por otra parte, piensa en el éxito del *Sottosopra verde*. El interés que ha suscitado entre las mujeres ha sido muy grande porque, en mi opinión, ustedes han nombrado la experiencia del *jaque*, experiencia que las mujeres han reconocido inmediatamente, y luego hablaron del *deseo de ganar*, que era la idea central de vuestro documento para el nuevo lanzamiento de una práctica política entre mujeres y de las mujeres según esquemas nuevos. Nombrar el *jaque* no ha sido un hallazgo cautivante para hacer "pasar" el deseo de ganar, el *jaque* era el material del cual ese deseo tomaba forma y sustancia. Si hubiesen nombrado sólo el deseo de ganar, cosa por otra parte legítima, el documento hubiese resultado de una arrogancia intolerable para la mayor parte de las mujeres que en cambio lo han compartido. Esto para decir que *cercanía* y *reconocibilidad* no son estrategias ni signos de automoderación, sino fundamentos de la práctica política entre mujeres.

Pero el verdadero punto está acá. Tú dices que el fundamento legítimo del poder de una mujer está en su capacidad de hacer hablante

la *extrañeza* femenina y que esto lo has entendido con la política de las mujeres, donde has empezado a hacer hablar a tu *extrañeza*. ¿Pero estás hablando de una autolegitimación o de una legitimación que te llega también de las mujeres? Es decir, ¿basta entender que se es extraña para ser legitimada en el deseo de existencia social o es necesario también ser compartida por otras mujeres en esto? En suma, creo que sin duda descubrir mi *extrañeza* legitima a mi deseo, pero que esta sola legitimación no basta, tengo necesidad de que también las otras mujeres se legitimen a sí mismas en el mismo deseo, porque esa legitimación de ellas a su vez me legitima. Tal vez sea este el punto de desacuerdo entre tú y yo. ¿O me equivoco?

Luisa – Rechazaría tu advertencia a nuestras lectoras por la parte que me corresponde. Si alguna de ellas deseara ver en mí a una mujer ávida de poder, no desearía advertirla por anticipado de que soy en cambio una mujer honesta. Porque al dar estas explicaciones, correría el riesgo de decir cosas inexactas. ¿Soy yo verdaderamente honesta en mi relación con el poder? Me parece que sí, pero depende de la balanza que se usa.

Prefiero que mi defensa sea tomada por otras, si me encuentran defendible. Para mí exponerse a la defensa, y por ende al juicio, de otras mujeres, forma parte del trabajo de dar un fundamento justo al poder femenino. Así como forma parte tu preocupación de estar cerca de las mujeres que están alejadas de ti. Así como forma parte el criterio de la *extrañeza* femenina hecha hablante y el trabajo que hace una mujer para agradar a otras mujeres.

Al decir esto, creo haber respondido, si bien indirectamente, a tu pregunta. Entre nosotras dos no hay desacuerdo porque pienso, como tú, que sí se puede hablar de poder femenino, su legitimación deriva de un proceso colectivo y como tú pienso que en este proceso la parte de recibir es grande. Tenemos dificultad para entendernos, creo, sólo por un modo diferente de proceder. Te resumo el mío también porque pienso emplearlo en el seminario en el “Virginia Woolf”.

Frente a un argumento nuevo y difícil, sólo tengo firme el por qué y el cómo se ha presentado ese argumento; en cuanto al resto, deshago, descompongo todo lo que estaba unido en una representación dada y empiezo a combinar nuevamente los materiales. Como ponerse a hacer cocina oriental que exige días de manipulación. Mejor es si se trabaja

entre varias mujeres, siempre que se acepte la regla de no defenderse. Si una se defiende demasiado, no pone a disposición ingredientes útiles (piensa solamente en la envidia, la experiencia de la envidia) y sobre todo exhala esa turbadora sensación de ficción que desalienta la tarea en común. Que es aquello de lo cual cada una toma su dignidad, en esa situación donde no hay respeto humano.

Me viene a la mente una pregunta que deseaba hacerte desde el principio. ¿Tienes miedo de la envidia femenina? Yo sí, un poco. Me pesa mucho ser envidiosa y cuando soy envidiada me da un poco de miedo (de cosas subjetivas, como de sentirme invalidada). Este segundo temor me induce a hacer cosas que luego me son criticadas por las más rigurosas. Supongo que tienen razón de criticarme. Pero he observado que mi comportamiento tiene otro efecto: al hacer cosas no rigurosas para aplacar la envidia femenina, atraigo la benevolencia de mujeres que no tienen el problema de la envidia.

Cuando hablaba de legitimación del poder, pensaba también en estas cosas, que son muy parciales, me doy cuenta, pero que entran en ese modo de razonar sobre el poder al que me refería antes. Yo lo llamo *metonímico* e intento avanzar paso a paso por pedazos y pedacitos de experiencia, logrando de ese modo despedazar esos bloques que están concentrados en palabras como "poder" y que corren el riesgo de aplastarnos. Así, cuando nombro mi placer en la posesión de algo que llamo poder (porque me parece que es su nombre), trato de poner fin lo antes posible a un régimen de censuras sociales y de reticencia femenina. No creo que la cuestión se resuelva de este modo, pero sí que al menos podremos afrontarla con un poco de material clarificado.

En mi modo de proceder hay un período y es que caen las censuras, termina la reticencia y empieza a significarse algo pero que carece de potencia modificadora. Entonces, en sustancia, se ha trabajado por la homologación de las mujeres a los modelos masculinos, justo lo contrario de lo que se trataba de realizar. Por esto apelamos a la *extrañeza* femenina. Pero no basta, es preciso también, y sobre todo, que la *extrañeza* entre en juego prácticamente. ¿Cómo? La pregunta se me plantea con fuerza en la universidad, donde advierto que para "avanzar" a veces corremos el riesgo de desestimar algo y además de racionalizar esa operación de desestimación. Que existe esta tendencia o peligro, debe decirse, es normal para aquellas que no tienen su diferencia al reparo del grupo separado y desean en cambio hacerla visible, hablante.

Pero queda que esa tendencia homologadora es preciso contrastarla, es necesario que la *extrañeza* femenina no sea puesta fuera de juego. Tú tienes razón al mencionar la experiencia del jaque. En cuanto a la relación del *Sottosopra verde* y el tema del jaque, te doy nuevamente razón pero mi juicio es menos positivo: tengo la idea de que el tema del jaque gustó a muchas por sí mismo, en el gran registro de la autoconmiseración y de las cosas sin consecuencias. Tanto es así, que las consecuencias que nosotras derivamos han indignado a algunas y por el momento ni siquiera han sido entendidas por otras.

La práctica de la disparidad entre mujeres es una de las consecuencias en cuestión. Sin práctica de la disparidad, por otra parte, no veo el modo de afrontar el tema del poder. Ni en la teoría ni en la práctica. Comenzando por la eliminación de las censuras sociales sobre los deseos femeninos, porque con la práctica de la disparidad el deseo femenino se libera no por fuerza de un derecho suyo ya sancionado, neutro, sino por fuerza de una autorización simbólica de origen femenino.

Tú me has pedido que entre en el argumento. Ahora yo lo he hecho, diciendo qué es lo esencial en mi opinión y que aquí, para contentarte, repito. Primero, pienso que para una mujer, el hecho de reconocer y elaborar su disparidad respecto de otras, es un modo de hacerse libre respecto del poder. Segundo, la práctica de la disparidad entre mujeres impide que la *extrañeza* femenina sea puesta fuera de juego. Que en las relaciones entre mujeres tome forma *un más* de signo femenino es de hecho la cosa que más se opone a la tendencia social de la homologación de las mujeres a los modelos masculinos.

Alessandra – Disparidad: otro lugar terrible de la contienda, otro lugar de reticencia grande. También yo creo que la práctica de la disparidad es absolutamente necesaria si estamos en la óptica de la afirmación de la diferencia.

Es banal decir que la disparidad entre mujeres siempre existió, quién podría negarlo. . . Menos banal es decir que no ha sido reconocida nunca como fuerza, como potencialidad; sin este reconocimiento en nuestros grupos, por ejemplo, la disparidad ha provocado más problemas que beneficios, y tanto sufrimiento. Aún hoy las objeciones son tantas y siempre las mismas: ¿por qué debería reconocer que otra mujer es más que yo? No quiero que se repita con una mujer lo que estoy obligada a vivir con un hombre, etcétera, etcétera. Cuántas veces hemos oído estas frases.

Pero la parte mejor de esta reticencia es una reticencia en la teoría, es decir, no se le reconoce a la práctica de la disparidad una capacidad productiva política, no se ven sus ventajas. Si seguimos viendo las ventajas de la asunción del concepto de igualdad entre las mujeres, desaparecen las de la disparidad. El derecho a la igualdad ha sido uno de los conceptos fundamentales que ha informado la lucha de las mujeres, las mujeres luchaban por obtener los mismos derechos que los hombres, las mismas posibilidades, los mismos reconocimientos. Este concepto ha tenido una gran practicabilidad política, produciendo modificaciones sociales en el tiempo y en los lugares en que la disparidad entre los sexos era sancionada institucionalmente. El concepto de igualdad entre los sexos llevaba consigo por inercia la idea de igualdad entre mujeres: se luchaba por conquistar derechos.

Hoy, en los países de la emancipación donde la disparidad entre los sexos ya no está sancionada institucionalmente, donde las mujeres tienen libre acceso a las profesiones, a la instrucción, a la cultura, el concepto de igualdad entre los sexos es menos difícil. Nos hemos dado cuenta de que hemos obtenido mucho, pero no poseemos aún la cosa más importante, que es lo que tú llamas *legitimación de un deseo de presencia social*, y en consecuencia nos falta también el efecto de este deseo legítimo, es decir, la presencia social. En suma, hoy una mujer *puede*, pero no está legitimada ni se siente *legitimada por poder*, y a pesar de todo cuanto ha obtenido queda "perdedora". Dado que esta legitimación se nos viene negando desde hace siglos y hoy empezamos a poder nombrar su falta, parece claro que para tenerla no es necesario contar con los otros sino con nosotras mismas, es decir, no es necesario pedirla sino dárnosla, no hay que esperarla sino construirla.

Si antes era la figura de la mujer *oprimida* la que proporcionaba una practicabilidad política, ahora es la figura de la mujer *perdedora*; es decir, si la figura de la mujer oprimida producía deseos de liberación, hoy la figura de la mujer *perdedora* produce lo que se denomina sintéticamente "deseo de ganar", que es necesidad de presencia social y necesidad de fundación simbólica. En este punto veo una especie de materialización de los deseos. Si la imagen de la liberación pecaba de la distancia de un ideal utópico y, en su desmesura, las más de las veces era sólo nombrarle, la imagen del "deseo de ganar" lleva a una mayor concreción, lleva a las mujeres a medirse con las cosas, con las propias ambiciones, con el deseo concreto de estar en este mundo sin sentirse una paria, una huésped

grata o poco grata. El gran ideal de la liberación no debe ser abandonado, pero ya no debe ser perseguido como *fin*, sino pensado como *efecto*. Y es en este contexto que aparece la necesidad de la *práctica de la disparidad*.

Si la imagen de la opresión de las mujeres requería una totalidad porque se producía en una lógica reivindicativa, y esa idea de totalidad, de todas las mujeres, era lo que proporcionaba fuerza a las exigencias que se planteaban, la imagen de la mujer perdedora, que empieza a desear para sí una afirmación de su presencia, lleva necesariamente a la búsqueda no de una total igualdad de las mujeres sino de su disparidad, porque es sólo así que los deseos pueden jugar libremente.

Me explico: si me encuentro perdedora en tantas situaciones de mi vida, y empiezo a atribuir esta realidad no sólo a mi incapacidad, a mi pésimo carácter, a mi poca tenacidad sino a algo que viene antes de mí y que actúa sobre mí, que concierne al sentido de desvalor que pesa sobre mi “sexo no previsto en el hacer del mundo”, —porque es esto lo que a menudo me hace sentir incapaz, me pone irascible y me quita las fuerzas o me las da en exceso, haciendo de mí constantemente una persona “fuera de medida”, haciéndome jugar en la nada o en el exceso y casi nunca en lo justo— tendré necesidad de valorizar mi sexo para salir de este impasse. Para valorizar mi sexo es inútil afirmar a los cuatro vientos que mi sexo tiene un gran valor porque sólo sería un esfuerzo de buena voluntad de autorrepresentación, en el cual yo entre las primeras no creo, si lo que me hace afirmar eso es justamente la conciencia del desvalor que me ocupa. Este gesto, además, dejaría el tiempo que encuentra, porque entre otras cosas no da cuenta de cómo tanto valor se encuentra en una condición tan miserable.

Deberé entonces empezar a plantearme el problema de construir, no de afirmar, este valor entre mujeres. Si es un sentido de desvalor de mi sexo lo que me ocupa, en la medida en que me doy cuenta, yo misma deberé empezar a desmentirme, y deberé comenzar a buscar a las mujeres a las que atribuyo más valor que a mí. Sólo mis semejantes dispares podrán proporcionarme la prueba de ese valor y por ende la fuerza necesaria para cambiar, si deseo cambiar, algo en mí o fuera de mí. Entonces, no atribuir valor *tout court* a las mujeres, sino buscar las pruebas de este valor en aquellas mujeres que en mi opinión son mejores que yo. Deberé actuar y sentirme en el detalle y dejar de lado la totalidad. La afirmación de mi sexo (totalidad) no podrá ser más que un efecto de todo eso, pero mi fin está en construirme en valor (particular).

No sé si he logrado explicarme con claridad. Cuando debo explicar la disparidad y me hallo frente a las habituales objeciones, recorro siempre a un detalle de la relación hija-madre, esperando que la inocencia de la infancia despeje cualquier sospecha.

Sabemos que los primerísimos años de la vida están profundamente signados por la relación con la madre. Nos encontramos con ella en una relación dual. Recibimos el mundo a través de su figura. Al menos por nuestra parte es una relación de amor grandísimo. Yo niña miro a mi madre y la veo como una mujer capaz, muy fuerte, sabe hacer tantas cosas más que yo: sabe vestirse, caminar, hablar. . . , cosas que aún no sé hacer. Pero ella es como yo, sólo que más grande y más capaz, y yo estoy creciendo y sé que llegaré a ser como ella, al menos tengo esa esperanza.

Es cierto, esta experiencia es común también a los niños varones, pero la semejanza de que me puedo jactar con mi madre es mayor, ella pertenece a mi mismo sexo y esto me da más fuerza en el crecimiento. Me resulta semejante y dispar. Tal vez sea justamente esto lo que puede explicar la mayor precocidad de las niñas, esa misteriosa *ventaja* que siempre tienen sobre sus coetáneos. Ventaja que lentamente desaparece cuando nuestra relación dual con la figura materna termina y empezamos a mirar el mundo también a través de los ojos de otras personas y en el mundo está también nuestra madre. Es ahí donde comienza el trágico abandono de su figura, cuando empezamos a percibir el sentido de desvalor que otros, el mundo entero a través de sus mensajes, le atribuyen, no a ella en tanto ella sino a ella en tanto mujer (pero esos dos planos se mantienen confusos a nuestros ojos). El abandono empieza cuando tomamos conciencia de su poco poder real sobre las cosas y las personas. Nuestra desilusión será entonces tan grande como grande era el amor que nos ligaba a ella.

Como descubrir haber amado mucho a *una persona que vale poco*. Su sexo es la razón de este desvalor. Huye el niño, huye la niña, pero la huida de la niña es un movimiento trágico porque ella comparte con la madre la causa misma de su fuga. El niño se vuelve al padre, su semejante y dispar, y lo encuentra más digno, más potente en las cosas del mundo, el futuro le reserva una imagen tranquilizadora; desde ahí empieza lo que será su ventaja (al otro sexo dedicará a partir de ese momento el temor de contaminarse, de ser confundido con él, signo este de la antigua desilusión sufrida). También la niña se dirige al padre, pero

no logra mantener su ventaja, sino que la pierde lentamente; el poder y la fuerza del padre no pueden ser transmitidos por completo a ella, ella es diferente del padre, su padre le es dispar pero no semejante. Al sexo del padre le dedicará una admiración que nunca podrá ser transmutada en sustancia vital para ella, porque pasa a través de una desvalorización de sí.

He aquí que nos encontramos ahora, de adultas, debiendo recuperar esa ventaja perdida, yendo en busca de nuestras dispareas, y sin consolarnos entre nuestras pares. Esto si se tiene deseos de cambiar, si nos sentimos en crecimiento, en situación dinámica y no estática. Sólo de otra mujer una mujer puede derivar fuerza y seguridad de sí misma. En el seminario del otro año hemos llegado a decir que detrás de cada mujer que desea cambiar algo en este mundo o que ha hecho de sí algo mejor de lo previsto o que al menos demuestra energía, siempre hay otra mujer, tal vez lejana en el tiempo, si no llevada en la memoria llevada ciertamente en el corazón. Hemos tratado de recordar a estas mujeres, cada una la suya, y de ese modo han reaparecido: una vieja madre superiora, una prima descarada, una vecina comunista, una adúltera valiente, tantas maestras, una abuela; todas mujeres que a nuestros ojos de niñas demostraban fuerza y no denotaban humillación; nombrándolas entre nosotras después de tanto tiempo hemos pagado, salidas de nuestra inconsciencia, esa deuda de reconocimiento que merecían.

Entonces, en remitirse a una semejante y dispar está la fórmula de una ventaja segura y real, el modo de recuperar la antigua ventaja, curar la antigua desilusión. La práctica de la disparidad entre mujeres es un paso obligado para construirnos presencia social. Me parece tan sencillo de entender. Y sin embargo. . . Y aunque hubiera un riesgo, por algo que no llego a comprender, ¿qué se puede perder, qué podemos perder? ¿Qué imagina que pierde una mujer al reconocer a una semejante más valiosa, más capaz que ella?

Luisa – También yo me he preguntado lo mismo. Antes de decirte la respuesta que he encontrado, desearía observar que tú, como muchas otras cuando razonan sobre la disparidad, te propones reconocer a una mujer como “más valiosa” que tú sin prestar atención a la otra vertiente, que es aceptar que una semejante tuya vea en ti a una “más valiosa” que ella. No es menos importante y no es más fácil.

Estas dos situaciones, en la práctica de la disparidad, representan a la vez los dos momentos de un dinamismo que yo llamo libertad porque así se me presenta en la experiencia. No quiero dar definiciones sino dar la idea de una libertad experimentada haciendo la tarea de valorizar utilizando un valor recibido de otras. Este efecto de libertad me lo explico pensando que me he sustraído, en alguna medida, a la seducción del poder. Sin práctica de disparidad, en lugar de ese dinamismo entre mujeres en general hay demandas de reciprocidad. Que son poco fecundas por cuanto la reciprocidad es un equilibrio obtenido sacrificando la *transitividad* del valor, es decir, su paso y así su potenciación a través de las relaciones entre mujeres. Esto en general. En lo que me concierne, se debe agregar la interpretación que en el pasado le daba a las exigencias de reciprocidad: las encontraba siempre justas porque intentaban restablecer un equilibrio que yo había roto; no atendía a qué precios se restablecería ese equilibrio, porque sintiéndome culpable, todo me parecía bien. De esta manera no se formaba nunca esa medida de la cual tenía, tengo necesidad. Entonces, esas exigencias que tendía a hallar siempre justas eran en cambio siempre injustas y el hecho de aceptarlas, por mi parte, era un remedio falso por cuanto el equilibrio que lograba practicando la reciprocidad, me devolvía al desequilibrio y a la injusticia.

Por cierto tú te habrás dado cuenta de que las cosas que digo —tan fragmentarias y tan necesitadas de mayor reflexión— las derivo de mi existencia que pide, por su misma libertad, ser gobernada. Y habrás entendido que esto es lo que espero de mis semejantes, ser gobernada de modo de ser verdaderamente libre. Lo pido y lo deseo más que cualquier otra cosa, más que la solidaridad, más que la estima y aun más que el amor. Amor que recibo en abundancia y que aprecio mucho, debo decir, también porque me ayuda a no sucumbir a los sentimientos de culpa. Los cuales se forman en mí o a causa de una justicia femenina no hallada, y al respecto desearía no atender sermones ni recetas sino saber solamente el modo de llegar a la justicia, cuya falta ofende a todas las mujeres, si bien de maneras muy diferentes entre sí.

Llego así a la cuestión que tú planteabas del por qué la práctica de la disparidad, que me acerca a la justicia de la cual siento necesidad y que te restituye a ti la ventaja del origen femenino, resulta extraña, difícil de aceptar no obstante el hecho de que bastaría razonar o experimentar un poco para comprender cuán ventajosa y justa es.

Pienso que en efecto bastaría y que en verdad basta, pero sólo si se hace la experiencia de la necesidad, es decir, si ve que el hecho de haber nacido mujer no es por azar sino por un destino al cual ella, solamente ella, puede darle un sentido.

Me explico. Entretanto, es preciso no confundir la necesidad con el constreñimiento. Estás en el constreñimiento cuando algo o alguien te quita la posibilidad o la capacidad de elegir. Estás en la necesidad cuando te das cuenta de que la cosa de la que tienes que ocuparte, si de verdad te quieres ocupar, rige tus elecciones, guía tu pensamiento. Así, en mi caso, sé que la justicia verdadera, aquella que sola puede aportar paz a mis relaciones conmigo y con los otros, sólo puede proceder de una autoridad femenina.

Pero he dedicado no sé cuántos años y fatigas para llegar a esta simple conclusión, casi obvia considerando que soy una mujer. El hecho es que nacer mujer es el pretexto social de tantísimos constreñimientos por los cuales se le hace difícil a una mujer experimentar la necesidad. Buena parte de mi trabajo filosófico consiste precisamente en esto, en aprender y enseñar lo que ordena el hecho de haber nacido mujer, lo que le da sentido tomando así el puesto de las tantas imposiciones sufridas y tal vez buscadas por las mujeres mismas.

No es fácil aprender y enseñar la necesidad y ponerla en el lugar de los obstáculos, porque la diferencia sexual es un dato real pero convertido en insignificante, y una mujer puede muy fácilmente imaginar que podrá pasar por encima. Con el amor, por ejemplo, amor del hombre, de sus hijos, de su dios, de sus ideas. O con la imitación. Como si la diferencia sexual fuera una puesta en escena femenina que no ordena nada aparte de los esfuerzos femeninos por mantenerla en pie. Pero si una mujer deja de hacer estos esfuerzos, empieza a conocer lo que su diferencia le ordena y sabe así que no se trata de una ficción. Abandonar la ficción de la diferencia femenina significa asumir a nivel social y simbólico, para sí y para los otros, el hecho de haber nacido mujer y la responsabilidad de encontrarle un sentido. Es decir, darles primacía a las relaciones con las propias semejantes y regularse en las otras relaciones sociales según las exigencias dictadas por la pertenencia al género humano femenino. Una mujer que hace política a partir de sí y no por imitación o reacción hacia los hombres, antes o después llega a la primacía de las relaciones con las otras mujeres, de las cuales hará depender las relaciones con los hombres y el conjunto de la realidad social.

Cuando una mujer sepa que el saber, la fuerza y el juicio del que tiene necesidad para vivir en el mundo, podrá encontrarlos por su pertenencia al género femenino, entonces frecuentará a sus semejantes con el sentimiento de la necesidad. Además, agrego algo que dirías tú en este punto si estuvieras acá conmigo: en la frecuentación por necesidad puede haber amor y un amor más grande que el elegido. Tú lo dirías mejor, pero el concepto es este, ¿no?

A la mujer que sabe esto, que lo acepta, la práctica de la disparidad le resulta necesaria, fecunda y relativamente fácil. Digo “relativamente” considerando que nacemos mujeres en una sociedad donde nada está predisposto favorablemente a quien nace de sexo femenino, salvo lo que otras que llegaron antes que nosotras lograron realizar en nuestro favor. La ideología de la paridad, por ejemplo, es una trampa propiamente dicha. Para no caer en ella, en mi opinión, no hay más que realizar la revolución simbólica de dar la primacía a las relaciones con las propias semejantes.

Entre las cosas pensadas por mujeres en favor de las mujeres, pongo en primer lugar la idea y la práctica del confiarse. La dificultad que algunas, muchas, parecen tener en entender o aceptar la relación de confianza, creo que son las mismas, idénticas, que hallamos en la práctica de la disparidad. Y del mismo modo es posible superarlas, es decir trabajando para entender y hacer entender la necesidad de la referencia primaria a las propias semejantes. En mi opinión, no sirve tanto elaborar estrategias como el hacer experiencia de la necesidad. Estoy convencida, en realidad, de que la mente humana, femenina o masculina, cuando se apodera de la idea en su origen, en el lapso de pocos minutos, y aun menos, es capaz de elaborar todo lo que le sirve según las estrategias más apropiadas.

Alessandra – “Confiarse”, “confianza”, son dos palabras que presentan el riesgo de evocar lo contrario de lo que busco. Evocan la pasividad justamente donde buscamos una reacción frente a nuestro deseo de cambio. Dado que no podemos usar una palabra y al mismo tiempo intentar cambiarle radicalmente el sentido, debo tratar de explicarme por qué se la eligió. Es decir, si la palabra “confiarse” evoca pasividad, debo buscar qué es lo que deseo —puedo realmente hacer pasivo, inactivo en la relación entre mujeres. Si la pasividad evoca a su vez el silencio, debo preguntarme qué es lo que acallo en la confianza.

Y si con esta misma palabra se desea indicar a la vez la vía de una construcción de nosotras —este es su “sentido político”— debo explicarme cómo esa “cosa” a la que puedo hacer inactiva me lleva a la actividad del cambio y a la palabra. Esto es lo que me he dicho frente a una reacción mía espontánea de resistencia hacia estas palabras. Entonces, ¿qué es lo que puedo acallar en mi relación con una mujer? Será ciertamente algo que no puedo acallar en mi relación con los hombres y con las reglas de este mundo. ¿Y qué es esa cosa que cuando habla me convierte en perdedora y que cuando calla me pone en condiciones de ganar? Parece un acertijo, ¿verdad? Pero la respuesta no es difícil porque ya la hemos dado en el curso de este diálogo nuestro. Puedo acallar en mi relación con una mujer la ansiosa *demonstración de mi existencia*, de mi existir. Es esta mi actividad en más, actividad obligada para mí, sujeto ambiguo sin estatuto de existencia a los ojos del mundo, que puedo finalmente hacer pasiva, que puedo anular.

A los ojos de una mujer yo existo en la medida en que ella existe, es semejante a mí, no hay ningún en más que demostrar. En mi relación con ella, salgo de la ambigüedad de la figura del huésped. El ejercicio de mi inteligencia, de mi saber, incluso de mi seducción respecto de ella, pierden ese lado perversamente mendicante que existe siempre en las relaciones de una mujer con el mundo, dejan de ser pruebas de mi existencia.

En una relación entre semejantes, cuando esta relación es real y no mediada por otros, inteligencia, saber, capacidad y seducción no representan más que inteligencia, saber, capacidad y seducción. Sólo así hallo mi real medida, mi verdad, verdad y medida que podré luego juzgarme en el mundo. Es entonces aquí que la pasividad, es decir, hacerse pasivas en la propia demostración de existencia, produce actividad real. Confiarse a otra mujer quiere decir *poner al reparo* —confiar quiere decir también eso, el propio sexo del sentido de inexistencia, quiere decir *estar asegurada de la propia existencia*; esa sensación de reposo, de aligeramiento, de pasividad que evoca la palabra “confianza” concierne sólo a esto, pero “sólo a esto” es enorme porque es ya producción de sentido otro que el dado.

Pero ahora puedo imaginarme una objeción, que dice más o menos así: las mujeres siempre han tenido relaciones entre sí, si vemos la historia, vemos que las mujeres han estado siempre con las mujeres, como los

hombres han estado siempre con los hombres y que los intercambios entre los dos sexos han sido limitadísimos. ¿Cómo es que estas relaciones entre mujeres no han producido ya un sentido diferente al ser mujer? Ayudándome con la distinción que tú haces entre constreñimiento y necesidad y que me resulta preciosa, respondo así: hasta hace poco tiempo, las reglas sociales imponían la separación de las mujeres de los hombres, existían dos mundos, dos ámbitos, bien distintos y separados; no estoy hablando sólo de lugares físicos sino también de lugares mentales y afectivos.

En este régimen de separación, las mujeres estaban *obligadas* a su sexo, obligadas a la relación entre sí. Se hallaba, entonces, en un estado de constreñimiento. Pero en esta relación constreñida ciertamente estaba también presente la *necesidad* de esa relación, es decir, esa relación les era necesaria; en efecto, las mujeres siempre se han dado mucho recíprocamente, no sólo en ayuda, en comprensión y en consuelo sino también en coraje, en alegría y en juego, ingredientes esenciales para vivir. El constreñimiento, entonces, se confundía profundamente con la necesidad. Y esta confusión, esta mezcla, ha hecho que en la relación entre sí las mujeres pudieran sin duda *ponerse al reparo a sí mismas*, en su cotidianidad de mujeres, *pero no su sexo*, cuyo sentido va mucho más allá de la cotidianidad. En suma, *la presencia del constreñimiento hacía producir a la necesidad de las relaciones entre mujeres sólo logros inmediatos y personales y no logros simbólicos*. (Al decir esto, no olvido que algunas mujeres del pasado han podido hablar en nombre y por los intereses de su sexo. Olimpia De Gouges, podría citar a otras, ha sabido ver la miseria de las mujeres, pero pudo verla en un momento en que el constreñimiento se aflojaba para todos, un momento de subversión y de redefinición general de los valores, de los principios, de los órdenes sociales. Las mujeres han participado con pasión en todas las revoluciones, porque han creído reconocer en las demandas de libertad y justicia algo que valía también para ellas. Sus expectativas siempre han sido las primeras en ser traicionadas.)

Hoy no existe más ese régimen de separación entre mujeres y hombres. Es paradójico pero es así: sólo ahora, en esta "distancia reducida", puedo percibir plenamente la miseria de mi sexo, que es la de no poseer fundamento alguno, ni autoridad, ni atención. Puedo engañarme pensando que huyo de mi sexo, pero es a los ojos de los otros que no escapa mi condición de mujer, y entonces deberé cambiar el sentido al hecho de

ser mujer: donde hay miseria construir riqueza, donde hay servidumbre construir poder. Entonces, esta vez es la sola necesidad la que me hace volver a las mujeres, y esta vez les pido que no me pongan al reparo por medio de sus consolaciones, sino que pongan al reparo a nuestro sexo, al que no le sirven las consolaciones.

Poner al reparo nuestro sexo no quiere decir protegerlo sino *significarlo*, ponerlo al reparo del sentido de inexistencia. Si me confío a una mujer no le estoy pidiendo protección, sino sentido; significo mi condición de mujer mediante su condición de mujer; la protección, si es que existe, podrá ser un efecto pero no es mi fin. Y como no busco consolación sino fuerza, un confiarse entre pares es un contrasentido. Puede existir práctica de la disparidad sin confianza, pero no puede existir confianza sin práctica de la disparidad.

La necesidad, entonces, me remite a las mujeres, pero la cosa no es tan simple y automática como podría parecer. Esto porque hoy existen mujeres que no están dispuestas a sentirse mis semejantes, que no consideran necesario significar su sexo. En el pasado no existía este problema, una mujer era una mujer y basta, lo hemos dicho: estaba obligada a su sexo. Pero hoy—este es nuestro problema en más— una mujer puede no sentirse mujer, o mejor, puede no desear sentirse mujer y tú que estás ahí recordándoselo corres el riesgo de parecer una enloquecida. Hoy el proceso de homologación de la mujer al hombre es rápido, tan violento como ilusorio. Pero las ilusiones, como las utopías, producen realidades sociales; el límite de estas realidades producidas por la homologación es que en su gran mayoría son débiles y nunca llegan a construir un sentido de sí mismas decente y estable para las mujeres. En esta economía, las mujeres más valiosas parecen siempre excepciones y no representan para su sexo un logro real. Esto para decir que hoy tenemos una doble necesidad: *ir hacia nuestras semejantes* y a la vez *construir a nuestras semejantes*. Construir a nuestras semejantes quiere decir lo que tú dices: *trabajar para la conciencia de la necesidad de hacer referencia primaria a las propias semejantes*.

Tú dices: confianza y práctica de la disparidad son nuestras modalidades de construcción, y yo estoy de acuerdo. Pero para llegar a la confianza y a la práctica de la disparidad es ya necesaria la conciencia de la necesidad de hacer referencia a las mujeres. Es la conciencia de esta necesidad lo que nos da la fuerza para decidirnos a esto. En efecto, confianza y práctica de la disparidad, en la medida en que no son gestos

espontáneos entre mujeres, son gestos de fuertes, no de débiles. Es necesaria una gran fuerza. Cuando oigo hablar de la práctica de la disparidad como de una práctica de débiles o que alienta la debilidad, me vuelvo loca de rabia y de incomodidad y pienso que nunca saldremos. Estoy de acuerdo contigo en que confianza y práctica de la disparidad no son estrategias, sino prácticas fundadoras, pero la conciencia de la necesidad requiere estrategias. Nosotras estamos en la condición de que se debe mostrar la diferencia para que la vean las mujeres. Debe ser mostrada por las mujeres que la saben ver a las mujeres que aún no la ven. Y a esto lo llamo *práctica visible de la diferencia*.

La práctica visible de la diferencia es una estrategia propiamente dicha, se realiza toda vez que las mujeres están en condiciones y en la posibilidad de dar señales de sí a otras mujeres, de remitir a las otras mujeres a la memoria del propio sexo y de su diferencia. Se realiza, por ejemplo, cada vez que es posible realizar una alianza, un agrupamiento de mujeres aun de pensamiento diferente, de diferente credo político, por un fin, por un objetivo. El fin y el objetivo, si son importantes, en algunos casos pueden servir casi como pretexto para esa señal necesaria que se intercambian las mujeres, porque esa señal es el verdadero objetivo de la práctica de la diferencia. Es una práctica de llamada, dirigida a las mujeres mediante una práctica afirmativa de mujeres, porque puede tener lugar sólo mediante una *significación visible* de las mujeres mismas.

Es una práctica radicalmente separatista, mujeres que se dirigen a mujeres, aun cuando los lugares son aquellos que llamamos "lugares mixtos". "Diferencia" es siempre un término de relación, son necesarios al menos dos sujetos, o dos cosas, para que se pueda hablar de diferencia. Cuando nosotras hablamos de diferencia sexual, hablamos de la diferencia de las mujeres respecto de los hombres. La práctica de la diferencia necesariamente debe ocurrir a los ojos de los hombres, aunque los hombres no sean los referentes, debe producirse en los lugares falsamente neutrales donde al parecer los dos sexos no están significados; debe mostrar el conflicto entre los sexos donde existe, y donde es significativo nombrarlo. Tú, por ejemplo, haces práctica de la diferencia cuando, con tu grupo de mujeres filósofas, eliges trabajar en la universidad y no fuera. Pero se puede hacer práctica de la diferencia incluso en esos momentos significativos de la vida social, a los que se nos llama a participar como "personas"; en todas partes, en suma, donde se deba vencer al pensamiento homologante.

La significación del propio sexo por parte de las mujeres podrá tener como efecto profundas modificaciones; en este sentido, diría que la práctica de la diferencia en su intento es estratégica, pero en sus efectos, en su retroalimentación, es fundadora. Y aquí oigo ya una pregunta, no tuya, Luisa, ni de nuestras compañeras, sino de otras, de otros: ¿qué será de esos lugares y de sus reglas? Puedo responder sólo así: hasta hoy estos lugares se adecuan a recibir sólo a mujeres homologadas al sujeto masculino, al menos donde se maneja lo que comúnmente se llama poder, mujeres dispuestas u obligadas a no nombrar su sexo, a olvidarlo.

En esos lugares, en efecto, nuestra presencia no está prevista sino como enmascaramiento; estos lugares, que no están preparados para recibir a mujeres que se significan enteramente y que producen alianzas entre sí, sin duda deberán modificarse o cambiar profundamente o, sin más, rehacerse desde los cimientos. No me pregunten cómo, no he pensado en ello, no poseo proyectos totales, mi materialidad no me permite utopías ni me proporciona pretextos universales, me muevo sólo con el *objetivo parcial* de la afirmación de mi sexo. Sólo sé que, una vez más, estas modificaciones o estos cambios radicales o estas reconstrucciones serán los efectos de nuestra presencia enteramente significada. ¿Qué justicia se hará? ¿Qué política se hará? ¿Qué criterio de representación se seguirá? Respondo que será sin duda más justa esa justicia, más justa esa política y más justa esa representación que halla espacio para hombres verdaderos y mujeres verdaderas.

La práctica de la diferencia puede ser una práctica individual en el momento de su explicitación, pero puede ser también una práctica colectiva, hecha por varias mujeres juntas. Son práctica de la diferencia esas acciones de mujeres en lo social, en lo público, que nacen de la conciencia de la necesidad de significarse y al mismo tiempo de la conciencia de la necesidad de construir esclarecimiento para otras mujeres; por esto digo que es una práctica afirmativa y a la vez una práctica de llamada.

Construir a nuestras semejantes significa ganar a las mujeres para el pensamiento de la diferencia. La función de llamada sin duda no reemplaza la toma de conciencia, la práctica constructiva de sí misma. Creo que estas ocasiones las debemos crear, inventar, elaborar. Cuando tú dices estar convencida de que la mente humana, cuando tomó la idea por la base, en el lapso de poco tiempo es capaz de elaborar todo cuanto le sirve, me parece que sin quererlo ya estás hablando de esta necesaria

apertura. Nosotras ya hemos tomado la idea por la base y la práctica de la diferencia me parece un posible resultado de esta seguridad, por cierto no es todo pero sin duda es necesaria junto con otras cosas que lograremos inventar.

Por otra parte, si reconocemos que nuestro sexo no tiene fundamento simbólico, para dar este fundamento será necesario que nos movamos también en una dimensión colectiva e inmediatamente visible. Lo simbólico vive en las dimensiones de lo colectivo y de lo socialmente visible. Por cierto, de mujer a mujer, tú dices, la red se expande, lo colectivo se alcanza. Pero pienso que es nuestra misión acelerar este proceso. Para decirlo todo: tengo un gran miedo de nuestra capacidad de interioridad, es inmensa y de ella hemos hecho nuestro refugio por tantos siglos. Hoy deseo poder hacer, no sólo pensar, o mejor, deseo traducir el pensamiento en acción, quiero producir eventos de la diferencia. Y quiero ganar, *pero sin estar obligada*, es decir, quiero ganar de verdad, y también quiero poder perder sin por ello sentir que desaparezco.

Luisa – Ganar qué, ganar qué. Así replica Susan B. Anthony a la amiga que le dice: tú no tienes miedo y ganarás, en *La madre de todas nosotras* de Gertrude Stein.

La capacidad de estar junto a sí, en intimidad no es algo que debamos temer y tanto menos contraponer a la búsqueda de existencia social visible. Esta sería una cosa bien miserable sin aquella. Pero entiendo el sentido de lo que quieres decir y lo comparto plenamente. No hay nada vital, fecundo, en una intimidad practicada porque no hay modo de salir de sí o porque se tiene el temor de no poder retornar más a sí. También estoy de acuerdo contigo en el pensamiento de que el procedimiento paso a paso, del contagio, de la expansión al estilo de la mancha de aceite, por sí solo ya no basta. Este procedimiento que ha caracterizado nuestra política y ha dado resultados notables, tanto cuantitativos como cualitativos, sigue siendo indispensable porque da cuenta de la subjetividad, es la fuente de nuestras verificaciones subjetivas. Pero por sí solo no basta y eso se puede ver.

Se lo ve bien, por ejemplo, en los denominados lugares de las mujeres, que recortan un espacio-tiempo para satisfacer una necesidad femenina de sociabilidad autónoma, necesidad que ahí se satisface sin otros efectos de modificación de la realidad dada. Hay, a decir verdad, efectos negativos de descontento y de contrastes pero todo, lo negativo como lo positivo, queda dentro de los límites de ese recorte, tanto que

en algunas congregaciones femeninas vuelve a circular el espectro del "cómo salir al exterior".

Son límites signados no por la diferencia sexual ni por su significatividad, sino por una moderación femenina que no deseo indagar acá. De todos modos es cierto que allí se detiene el movimiento del paso a paso, del contagio, de la retícula que se expande. Entonces, se debe dar un salto. Los procedimientos que nos han ayudado a ir adelante exigen una potenciación. Tú propones una "práctica de la diferencia" que desea ser una respuesta o un inicio de respuesta a este problema. Agregaré por mi parte dos cosas para integrar y, en parte, corregir lo que tú escribes. La primera cosa concierne a las invenciones. Nosotras necesitamos otras invenciones aún para articular el dentro–fuera–dentro de la experiencia humana femenina.

El temor que obliga a una mujer o a un grupo de mujeres a permanecer entre sí, el temor de no reencontrarse, se justifica en una sociedad donde las mediaciones están hechas por hombres para los hombres. Y para las mujeres que se adaptan a ellas; pero en este caso las manifestaciones de nuestra diferencia corren el riesgo de reducirse a exterioridad: hacemos conocer a otros nuestros intereses, nuestras necesidades, pero de tal manera que no los reconocemos más, no nos reconocemos más.

El movimiento de las mujeres ha crecido gracias a sus invenciones políticas que abrieron caminos a la significación social de lo que una mujer es para sí misma. No por falsedad, no para los otros.

Las razones que tiene una mujer para rebelarse contra su condición son antiguas y grandes y sin embargo no bastan si no se encuentran también las formas de rebelión que respondan fielmente a lo que ella es para sí misma. La relación de confianza es ciertamente una forma política que tiene este requisito de correspondencia fiel. Pero está la objeción que tú hipotetizas y que yo he escuchado, justamente en los términos imaginados por ti, durante un encuentro de mujeres: si es verdad que las relaciones de confianza hace tiempo que están difundidas entre las mujeres, ¿cómo es que hasta ahora no han producido un sentido diferente del ser mujer? La respuesta que se les ocurrió se acerca a la tuya. En el pasado, la relación de confianza se ha practicado en la forma de una relación personal, inmediata, por lo cual no hacía nacer un nuevo sentido de la diferencia femenina. Nosotras la consideramos una

relación social y hacemos de ella la forma mediadora del dentro–fuera–dentro para una mujer. Esto la hace eficaz, y significativa de la diferencia sexual, respecto de la realidad dada.

También la autoconciencia era una práctica difundida (confiarse y desahogarse entre mujeres) que tomó eficacia y significatividad por la fuerza de una valencia política que algunas supieron darle. En ambos casos, un modo de ser se convierte en un modo de significar lo que es. Estoy convencida de que cuando este pasaje tiene lugar, es por necesidad. Y se ve por qué las cosas particulares se producen como consecuencia.

Llego así a la segunda cosa que quería agregar. Encuentro que en la práctica de la diferencia delineada por ti el elemento de la necesidad no está presente, o no en grado suficiente. Me refiero especialmente a la parte en que hablas de iniciativas políticas cuyo objetivo, dices tú, podría ser un pretexto con tal que las mujeres puedan cambiarse el signo de la diferencia. Al decir eso pareces casi olvidar que hay modos de significar la presencia social de las mujeres que refuerzan el carácter supérfluo de tal presencia y por ende la falta de sentido de la diferencia sexual. Reunirnos por un objetivo de pretexto sería semejante a uno de esos modos frente a los cuales prefiero con mucho el silencio. Por otra parte, lo que tú llamas el objetivo verdadero, significar la diferencia, no es un objetivo, como tú misma reconoces cuando observas que la mujer está ya signada por la diferencia. Hay una pasión femenina de la diferencia sexual. Negociar esta pasión podría configurarse como un objetivo: la emancipación o la paridad, etcétera. Pero nosotras no queremos esto, queremos entender el sentido de esa pasión y ponerlo en el lugar de las otras cosas que nos toca hacer o decir, a veces porque estamos obligadas, a veces porque somos desviadas.

Yo no elegí trabajar dentro de la universidad antes que fuera. Estaba ahí desde la primera hora, junto con las otras mujeres de “Diotima”, trabajamos para poner fin a un régimen de escisión que nos daba la palabra y nos quitaba el sentido de ser mujeres antes que hombres. Los objetivos no tienen que ver con este trabajo y, en rigor, tampoco tienen que ver las elecciones. Salvo en el sentido de elegir lo que se reconoce necesario. Tú estás de acuerdo conmigo, lo sé. Pero yo combato contigo porque quiero que el acuerdo llegue hasta el detalle.

24 de diciembre de 1986.

El diálogo entre Alessandra y Luisa termina aquí. No porque sientan aquí una conclusión, sino debido al tiempo de publicación del programa, del necesario compromiso con las otras mujeres. Lamentablemente, el diálogo se detiene justamente cuando empieza a ponerse más interesante, más denso. Alessandra y Luisa consignan este "no concluido" a la reflexión común, sabiendo que no puede existir verdadera conclusión sin esta reflexión.

Para quien gusta de leer de cierto modo, los datos que podemos agregar son estos: la idea del diálogo surgió en Manarola, uno de los pueblos de las Cinque Terre, en el mes de octubre. Luisa vive en Milán, Alessandra en Roma; en estos meses se han intercambiado cartas que confiaban a un correo privado para asegurarse la rapidez del intercambio. A menudo se han hecho recomendaciones recíprocas, siempre las mismas: Alessandra recomendaba a Luisa que fuera menos sintética, Luisa recomendaba a Alessandra una mayor síntesis. Las dos tenían razón. Al fin se dijeron que habían hecho todo lo posible, aunque las dos se hallaban, por motivos diferentes, en un período de gran tensión, que tal vez este mismo trabajo las ayudó a superar. Se dicen satisfechas: las dos han pensado en cosas que no habían pensado antes.